



LLAMADOS A UNA VIDA FELIZ (**LA ESPERANZA**)

TEMA 3 / SESIÓN SEGUNDA

TEMA 3 / SESIÓN SEGUNDA

IDEAS

- Un hombre de esperanza es aquel que sabe esperar en cualquier circunstancia.
- La oración y la caridad son las escuelas en las que se aprende la esperanza.
- El fin último de nuestra esperanza es ver a Dios y encontrarnos con Él.

DESARROLLO

“La esperanza no falla, porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos ha sido dado” (Rm 5, 5).

Si para el hombre concreto e histórico el contenido de la esperanza se puede definir como el deseo de una vida plena, feliz, podemos decir que la esperanza no se puede comprender como una realidad estática, sino más bien dinámica. La Esperanza es Vida y la Vida es Camino. El hombre, pues, está llamado a vivir la esperanza en medio de la vida, a vivir la esperanza por los diferentes caminos que tenga que recorrer.

Como toda virtud, la esperanza se puede definir como un hábito bueno, una forma de afrontar correctamente la realidad y obrar siempre bien. Ser un hombre de esperanza significa, en la práctica, ser un hombre que sabe esperar en cualquier circunstancia.

Teniendo en cuenta lo dicho en el tema anterior, podemos imaginarnos la gran dificultad que supone ser un hombre de esperanza cuando aparece el dolor, la enfermedad o cuando se experimenta el remordimiento de conciencia por haber obrado mal. La dificultad se hace más patente cuando no está en nuestras manos cambiar las circunstancias adversas, por ejemplo, al confrontarse con la muerte o con la conciencia atormentada de un asesino incapaz de deshacer su crimen (cf. Fiódor Dostoievski, *Crimen y castigo*; un mero hombre no puede resucitar a un muerto).

Estas circunstancias se muestran claramente irresolubles por las meras fuerzas humanas y, en ellas, los caminos de la esperanza parecen cerrarse completamente. El pasado aparece como un ancla que arrastra al hombre hacia las honduras de la desesperación. Sin un Dios que pueda perdonar y resucitar a los muertos aparece irremediablemente el nihilismo (cf. la falta de sentido), la desesperación. Sin Dios, hay caminos cerrados a la esperanza, sin Dios no se puede hablar seriamente de un hombre de esperanza; y si alguien lo intenta sólo estará rebajando la “esperanza”, aguándola, banalizándola. Sin remedio para el pecado y la muerte, el hombre no puede ser en lo más profundo de su corazón un hombre de esperanza (cf. feliz).

Sólo Dios es el garante de la verdadera esperanza, de una esperanza que se despierta en el corazón del hombre porque Dios es amor que perdona, amor más fuerte que la muerte.

El gran reto del hombre es conocer a ese Dios de la esperanza, por eso la esperanza exige una búsqueda. Esta búsqueda puede identificarse ya con el ejercicio de la esperanza, pues se busca con la esperanza de encontrar.

Benedicto XVI enseñó en su encíclica *Spe Salvi* que existen “lugares del aprendizaje y del ejercicio de la esperanza”. La esperanza debe aprenderse y ejercitarse.

El pueblo de Dios siempre supo de la oración como lugar de la esperanza. Quizá no haya mejor muestra de la oración como lugar del ejercicio de la esperanza que la oración del pueblo de Dios consignada en los Salmos. En ellos encontramos al hombre sumergido en circunstancias que le superan y trascienden: la enfermedad (cf. Sal 88), la traición (Cf. Sal 25; 55), la muerte (cf. Sal 37). Todo tipo de tribulación está recogida en este libro sagrado. En los salmos, Dios se muestra como el garante de la esperanza para todos (cf. Sal 15; 31). Es el garante de la esperanza para el pecador arrepentido (Sal 50, para David, “asesino” de Urías y profanador del matrimonio); esperanza para el que ve su vida envuelta en peligros (Cf. persecución: Sal 38); esperanza de dicha sin fin, de un futuro para todos, para un pueblo numeroso en una tierra que mana leche y miel (cf. Sal 15; 33; 99).

En este contexto de la esperanza quizá haya que poner en el lugar más alto la oración recogida en el salmo 22 (pese a las interpretaciones actuales de corte existencialista-protestante) rezado por Jesús en la cruz. Por encima de la oscura sombra que arroja el mal sobre la vida del hombre y que le invita a decir que Dios lo ha abandonado, se impone la confianza del Hijo piadoso que no deja de dirigirse a su Padre sabiendo que Dios nunca se aparta del hombre que sufre bajo las fuerzas del mal. El final del salmo es la respuesta de Dios a la tribulación, la certeza de la escucha (*Heb 9,2*) y la realización de las promesas.

Los salmistas supieron volver sus deseos de plenitud, su esperanza, al Dios que había prometido esa plenitud. En la oración del pueblo de Dios (cf. salmos) se aprende la esperanza, porque el hombre ya se sabe escuchado y atendido (cf. la humanidad ha conocido la bondad de Dios), porque la oración del hombre se convirtió en la oración del Dios con nosotros, donde nadie puede ya dudar que la oración del hombre fue escuchada y atendida.

Jesús es el que nos enseñó de forma sublime el ejercicio de la esperanza en la oración. En momentos fundamentales de su actividad sanadora y salvadora, Jesús reza ante los hombres para enseñar que Dios es un Padre que siempre escucha (cf. *Lc 11,2ss*; *Mt 6,9ss*) y todo lo puede, que Dios tiene el poder y que en Dios hay esperanza. Reza ante la tumba de Lázaro (*Jn 11,41-43*), porque sabe que Dios es capaz de dar vida a los muertos (cf. *Heb 11, 17-18*). Reza en la cruz por sus perseguidores, porque Dios es amor que puede iluminar las tinieblas del error en la vida de los hombres (cf. *Lc 23,34*). En la oración se aprende que el amor es más fuerte que las tinieblas (cf. pecado y muerte).

La Esperanza también se aprende en el ejercicio de la caridad fraterna. El que ama con obras y en verdad (1 Jn 3,3.18s) crece en la esperanza. Quien vive y experimenta el amor sin egoísmos y sin límites, conoce lo más valioso de la vida. En el amor, la tribulación se ve iluminada. En el amor se resuelven los conflictos y en el amor nace la fraternidad que no pasa. El amor siempre tiene futuro. Fue Cristo quien refundó la familia de Dios por encargo del Padre, cuando derramó su Espíritu y renovó la faz de la tierra. Este Amor nos cristifica, nos hace hijos. Y para los hijos, la puerta de la casa paterna nunca está cerrada; el Padre la mantiene abierta y la piedad empuja al Hijo a estar siempre en búsqueda incansable de la oveja perdida (cf. Lc 16).

La oración y el amor fraterno encuentran su fuente y culmen en los sacramentos. Como hemos apuntado, en el bautismo nace la Esperanza de la Vida Eterna, renacen los hijos de Dios. En la Eucaristía crecen los lazos fraternales, porque el cristiano es alimentado con el amor de Dios. En el sacramento de la penitencia se abre el futuro cerrado por los odios y violencias, porque el corazón es reconciliado con Dios y los hermanos. En la unción de enfermos, el cristiano sabe del poder de Dios, capaz de devolver la salud al cuerpo y al alma, capaz de llevar todo a plenitud, etc. En los sacramentos se nos regala Esperanza.

La esperanza es un camino a recorrer, un camino a aprender. Todo lo relacionado con la vida nueva nacida en el bautismo nos habla de ese camino a recorrer. El CCE quiere presentar la totalidad de esa vida cristiana y, por eso, está dividido en cuatro secciones. En los párrafos anteriores hemos hecho referencia al contenido de tres de esas secciones, de tres dimensiones de la vida nueva: la oración, los sacramentos, la moral. Todavía podríamos hacer referencia a la otra sección del CCE para aprender “esperanza”.

La meta del hombre es Ver a Dios (“frucción”). San Juan es el que con más insistencia ha hablado de este deseo o esperanza del hombre. En la teología jónica y en la teología bíblica en general, el verbo ver es sinónimo de conocer. Pero el conocer del creyente no es un conocer meramente intelectual. Conocer implica la totalidad de la persona, por eso en la SE se habla de un conocer a la forma en la que los esposos se “conocen” en la intimidad e integridad de sus personas (serán una sola carne). Querer ver a Dios es querer conocer a Dios, es querer tener a Dios como el amor de la vida, querer unirse a Él completamente, para siempre, en fidelidad eterna. Nuestra búsqueda de conocimiento de Dios debe estar enmarcada en este contexto “esponsal”, no en un mero conocimiento intelectual. Como ya decía Pascal, hay razones del corazón que la mente no entiende. Para conocer a Dios hará falta el esfuerzo de buscar entender la Palabra de Dios en la Tradición de la Iglesia, para ello será de gran ayuda el CCE, el cual ha motivado la cita de este último camino del ejercicio de la esperanza. El cristiano crecerá en la esperanza formándose en el conocimiento pleno de la verdad. Crecerá en la esperanza con el estudio de las cosas de Dios (y de los hombres). Esto le ayudará a dar razón de su esperanza (cf. 1 Pe 3,16). Como diría san Ignacio: en todo amar y servir. Amar y servir para crecer en la esperanza.